

Y como los dragones de Castillo marchaban tras de Rojas llevando en guardia las carabinas, dispuestos á cumplir lo mandado, el Cura regresó á la iglesia seguido de su numerosa comitiva, sin que nadie murmurara una palabra. A la media hora ya había satisfecho en la Administración de Rentas los cincuenta pesos de multa que le fueron impuestos por su falta de obediencia á la autoridad.

Al siguiente día se presentó el Cura al capitán X..... cabalgando un arrogante caballo, y ataviado con el traje de "charro," le pidió una entrevista á solas, la cual le fué concedida, y ambos, á caballo, tomaron el rumbo de Oluta, sin que nadie los acompañara.

Hubo explicaciones por parte de ambos, y á su regreso ya eran buenos amigos.

El Cura Sandoval, oaxaqueño de origen, era buen patriota y un tanto liberal, y prestó servicios de consideración á la causa del gobierno. A la ocupación de Acayúcam por los franceses en 1864, ocupación debida á los traidores que allí y en Minatitlán surgieron de repente, fué denunciado como republicano por Luis Baruch, y hecho prisionero en unión de D. Salvador Román, D. Juan y D. Román Pereyra y otros, y fué deportado á la Martinica.

TLACOTALPAM.

Primera ocupación de esta Ciudad por el suizo Slaicklin.—Terror que infunden los bandidos que comanda.—Retirada del Comandante Enríquez sobre la margen derecha del Papaloápam.—Fusila á un ladrón y lo hace colgar á la vista del enemigo.—Acción del "Mediadero."—Triunfo de los republicanos.—Fundación del Campamento de Conejo.—Terrible ejemplar en Saltabarrancas para escarmentar traidores.—Inauguración del Campamento.

I

ENTRE diez y once de la mañana del día 7 de Diciembre de 1862, es decir, diez y nueve después del abandono de Alvarado por las fuerzas republicanas, dos ginetes que desembocaban en la Plaza Principal de la entonces "Villa de Tlacotalpam,"¹ tomaron dirección por la Calle de la Candelaria, hacia el "Río Chiquito," sobre el cual aún no existía, para comodidad del público, el amplio y cómodo "Puente García," construído dos años después.

Iban nuestros dos ginetes uno al lado del otro, perfectamente abrigados de la finísima pero espesa lluvia que caía; el primero, el de más edad, con una "manga" de hule que llegaba hasta las tapas de los estribos, y el otro, joven aún, con un plaid á grandes cuadros negros y aplomados: un grupo de

¹ Tlacotalpam fué elevado á la categoría de ciudad por decreto del Gobierno Civil y Militar del Estado de Veracruz, en 1865, siendo Jefe del Estado el C. Gral. Alejandro García, en atención á los servicios prestados y méritos contraídos.

diez dragones los seguían á distancia, precedidos de un oficial, y algo más adelantada, una mula de carga á la cual llevaba del ronzal, otro dragón que portaba las presillas de sargento.

A pesar de la hora que era, no se veía persona alguna ni en las calles, ni en los corredores, ni en las puertas de las casas siquiera: la lluvia que caía, el aire añortado que soplabá y la *neblina* sumamente espesa que sólo muy de cerca dejaba ver el anchuroso y tranquilo Papaloápam, habían comunicado á la atmósfera ese frío húmedo y penetrante, que haciendo uso de una locución vulgar “penetraba hasta los huesos.”

Ya habían rebasado los dos primeros ginetes el frente de una casa de hermosa apariencia, cuyo amplio corredor, ó más bien portal, dejaba ver entreabierta la puerta que á él daba acceso, cuando salió apresuradamente una señora que frisaba en los treinta y cinco años, de gallarda apostura y simpático rostro, seguida de un hombre de mayor edad, y de un jovencillo que apenas contaría doce ó trece años á lo más.

Procuró cubrirse tras uno de los pilares del corredor para no recibir la lluvia en la cara, y con voz clara y vibrante:

—¡Coronel! ¡Coronel!—gritó dirigiendo la vista á los dos ginetes.

Estos se volvieron hacia el lugar de donde partía la voz, y el más joven dijo:

—Es la familia Zayas, mi Coronel.

Entonces el de mayor edad revolvió su cabalgadura, hostigándola con las espuelas á causa de lo lodoso del piso, y con la sonrisa en los labios se dirigió á la casa, seguido de su compañero. La escolta, porque escolta era el segundo grupo de ginetes que seguían á distancia, continuó su camino sin preocuparse del alto que habían hecho el jefe y el oficial que lo acompañaba.

En efecto, uno y otro habíanse parado delante del corredor de la casa que habitaba la familia Zayas, corredor cuya

elevación ponía al mismo nivel á ambos grupos de interlocutores.

—¿De viaje tan pronto, señor Coronel?—preguntó la señora después de haber saludado, lo mismo que el caballero y el jovencillo que con ella estaban, al llamado Coronel y á su compañero.—¿Si apenas hace cuatro días que llegó usted!

—Es cierto—contestó el de mayor edad—pero es preciso no dormirnos: la necesidad que tuve de ir á apaciguar los Cantones de Acayucan y de Minatitlán, me ha distraído de atender estos lugares, y no quiero estar desprevenido, pues por lo pronto, si algún peligro existe, es por aquí.

—Al verlo pasar, creíamos que hubiera novedad—agregó el compañero de la dama que había comenzado la conversación.

—No: por ahora mis agentes no me han comunicado noticia alarmante alguna, aun cuando mucho me temo que no puedan cumplir su comisión á causa del pésimo estado que guardan los caminos.

—¿Y tú?—prosiguió la señora dirigiéndose al oficial que acompañaba al Coronel—¿no te fatiga el servicio de campaña?

—No señora: ya sabe usted que soy fuerte por naturaleza y que desciendo de buena raza para cumplir con mis obligaciones, no sólo como un deber, sino con antusiasmo y abnegación.

—Sí, hijo, sí; es verdad—replicó la primera con la voz un tanto conmovida.—Tu pobre madre sufrirá porque al fin es madre; pero D. Pablo, en el fondo de su corazón, estará satisfecho de tí. ¡Si tu pobre hermano viviera, te acompañaría también..... ¡Pobre Pepe!

Al pronunciar estas palabras dejó escapar un suspiro.

El oficial nada respondió, pero su vista tornóse triste al oír las últimas palabras. El Coronel, como si quisiera cortar esta conversación que parecía contristar á su compañero, lo interrumpió diciendo:

—Estoy satisfecho de él, pues además de sus conocimientos como soldado, es infatigable para el trabajo. He podido juzgar de sus aptitudes en la rápida pero penosa campaña que hicimos para someter á los rebeldes de Acayúcam.

—Gracias, señor: no vale la pena.

—¡Coronel!—exclamó á la sazón el jovencillo, con su voz de adolescente.—¿Quiere usted llevarme á mí también?

—Si mamá y papá quieren.

—¡Ah!—interrumpió la señora—¿Que tuvieras quince años siquiera, y no estarías á mi lado! Yo misma lo entregaría á usted diciéndole: “Eres mexicano, y sólo los niños, los viejos, ó los que no tienen vergüenza pueden permanecer pegados á las faldas de la familia, cuando corre peligro la independencia de la patria y se ve invadida por extranjeros á á quienes auxilian los traidores.” Mire, Coronel—continuó alzando más la voz, y atropellándose las palabras en su garganta, en fuerza de la vehemencia con que hablaba y el sentimiento patriótico que se dejaba ver en lo brillante y amenazador de su mirada—cuando veo á esos jóvenes de aquí que se han unido al Comandante Enríquez desde que se hizo cargo de la Comandancia Militar, digo: éstos sí son buenos mexicanos; pero cuando oigo hablar á otros que hasta tratan de separarse de su tierra para no ingresar á la Guardia Nacional, entonces, mire Coronel, entonces, no puedo contenerme; y en voz bastante alta para que me oigan hasta los sordos, digo, que esos bien merecen que los franceses los traten con el desprecio con que ven á los traidores que los acompañan.

Con estas últimas palabras pareció calmarse algo la excitación de que estaba poseída la dama patriota que las había vertido; y tras algunas frases de mutua despedida, los ginetes prosiguieron su marcha para alcanzar á la escolta, que les precedía un buen trecho.

II

A las ocho de la noche del mismo día 7 de Diciembre, el Coronel Lazcano y su Jefe de Estado Mayor, que desempeñaba á la vez las funciones de secretario de campaña, estaban en Cosamaloápam, en una sala modestamente amueblada, escribiendo ambos delante de una mesa; y algo más apartado, pero siempre cerca del primero, un hombre de aspecto distinguido, de fisonomía franca y abierta, penetrante mirada y ancha frente, parecía esperar con toda calma y tranquilidad el término de la ocupación que á ambos entretenía. Era el Comandante Militar de aquel Campamento, el Lic. D. Pedro Peniche, honra del foro mexicano, que había cambiado la toga del Magistrado por los arreos del soldado: la patria había llamado en su auxilio á sus buenos hijos, y él había correspondido dignamente á su llamado.

Un anciano, seguido de dos sirvientes, entraba y salía á cada momento á las habitaciones que se comunicaban con la sala, no quedando duda alguna que se ocupaba en convertirlas en dormitorios.

Nuestros dos ginetes que hemos visto salir de Tlacotalpam eran los que allí escribían; el Sr. Carrasco, padre de uno de los ayudantes del Coronel Lazcano, los había alojado en su casa, y era él mismo quien se ocupaba de preparar lo conveniente para cuando, concluido el trabajo que tenían entre manos, tuvieran necesidad de entregarse al reposo. El mismo generoso huésped había manifestado que la familia no podía hacer los honores de la casa, en atención á que siendo la víspera de la función titular del pueblo, había concurrido á la iglesia á cumplir sus devociones.

—Y no sólo mi familia—añadió después de haberla disculpado por no encontrarse allí,—la población entera se encuentra reunida en la Parroquia, y por eso habrán notado vdes. que no hay una alma en las calles.

Efectivamente al llegar los viajeros á Cosamaloápam parecía como una ciudad desierta; y como la llovizna llegaba hasta ella, y como en esa época era desconocido el alumbrado público, de ahí que la lobreguez natural de la noche, unida á la falta de alumbrado público, y á la circunstancia de estar cerradas casi todas las casas particulares, y muchos establecimientos mercantiles, la población apareciera sombría y tenebrosa, destacándose sobre un fondo densamente obscuro las siluetas de los edificios de una manera informe, dando al conjunto el aspecto más triste, y causando la impresión mas desfavorable para los que por primera vez llegaban allí.

Un ruido sordo, pesado, siniestro se dejó escuchar de repente á lo lejos, notándose que se aproximaba rápidamente. Parecía como si caballos en toda la fuerza de su carrera, hábilmente dirigidos, hubieran invadido la población. El Sr. Carrasco llegó precipitadamente á tiempo que el Coronel y su ayudante, y el mismo Comandante militar se ponían en pie. El ruido se había aproximado hasta llegar muy cerca, aunque debilitándose gradualmente su fuerza.

—Con permiso, mi Coronel,—dijo el Comandante militar—voy á informarme.....

No concluyó la frase.

Algunos ginetes habían llegado hasta la puerta de la casa y echado pie á tierra de una manera precipitada.

Momentos después cinco ó seis individuos penetraron en la sala, todos lodosos y fatigados, pintándose en el rostro de todos ellos la más viva excitación. El que parecía ser el jefe se acercó al Coronel, y con acento entrecortado por la fatiga y la emoción pronunció estas fatídicas palabras:

—Señor, los franceses han ocupado á Tlacotalpam.....

Los que habían llegado eran el Administrador de Rentas de aquella población y todo el personal de su oficina.

El Coronel Lazcano oyó aquella inesperada noticia con tanta calma como atención: ni un músculo de su rostro se contrajo, ni un fruncimiento de cejas, ni nada, en fin, que

puediera demostrar la más leve emoción. Invitó cortesmente al Administrador que le diera detalles de lo ocurrido después de su salida. Estos fueron cortos y precisos, cual gustaba al Coronel que le comunicaran cuanto se relacionaba con los asuntos del servicio publico.

Veamos lo que había ocurrido.

Dos horas después de haberse separado el Coronel Lazcano de Tlacotalpam, hasta cuyo momento no había el menor indicio de una invasión por parte del enemigo establecido en Alvarado, una pobre mujer, una lavandera que había bajado al río, á pesar de la lluvia y de la espesa neblina que cubría á la población, creyó ver un buque demasiado grande para ser mercante de los que hacían el tráfico en tiempos normales entre una y otra población. Sospechar lo que pudiera ser, y dar la voz de alarma, todo fué obra del momento.

—¡Los franceses! ¡Los franceses!—comenzó á gritar desahoradamente, corriendo á lo largo de la ribera.

A estas voces, hombres mujeres y niños, salieron á las puertas de sus casas, sobrecogidos de terror, pues era la primera vez que el invasor iba á profanar con su planta aquella parte del territorio nacional: entonces pudieron ver todos que una cañonera de alto bordo asomaba ya su bauprés en la ribera opuesta, frente por frente de la finca que allí existe, conocida con el nombre de "San Rafael." Encerradas las familias dentro de sus casas, debido á la inclemencia del tiempo, nadie notó el avance de tan peligroso como temible huésped, que, de otra manera, se hubiera visto desde que llegara á la "Calaverna."

La alarma cundió rápidamente en toda la población; y si los empleados, así federales como del Estado, procuraban ponerse en salvo, tratando de salvar al mismo tiempo los intereses que les estaban confiados, los particulares, poseídos de un pánico aterrador, abandonaron sus hogares sin llevar consigo más que la ropa que los cubría, yendo á ocultarse á los montes inmediatos, á las fincas de fuera de la población, y

transponiendo casi todos el río para extenderse sobre la ribera opuesta, donde se creían más seguros.

La "Tempette," tal era el nombre de la primera cañonera francesa que ocupó el río de Tlacotalpam, desembarcó su infantería de marina, y tres horas más tarde el *suizo* Staiklen, el antiguo servidor de la República, que por un puñado de oro se vendió al ejército francés, después de haber sido rechazadas con desprecio sus ofertas por el General D. Juan Prim, Jefe superior de las tropas intervencionistas, llegó con su caballería de bandidos reclutados en las cárceles de la Habana, de Nueva Orleans y de Veracruz.

Las familias que no pudieron abandonar la población se encerraron en sus casas á piedra y lodo, pero en lo general quedó abandonada. En esta vez ningún hijo de Tlacotalpam se manchó con el feo epíteto de traidor.

El Capitán Carrasco y el Comandante Enríquez, conforme á las instrucciones que preventivamente habían recibido de tiempo atrás del Coronel, sacaron las fuerzas de su mando en el acto, yendo el primero á cubrir la ribera izquierda del río, hasta el "Zopilote," y sentando el segundo su Cuartel General en "San Jerónimo," cuya Guardia Nacional se unió luego á la pequeña fuerza que comandaba.

III

Tales fueron, en resumen, las noticias que dieron los empleados que habían llegado de una manera tan inesperada, y las cuales fueron confirmadas en el parte que á las once de la noche recibió el Coronel, dado por el Comandante Enríquez, que conservaba el carácter de Jefe militar de aquella jurisdicción.

A las doce todos dormían tranquilamente después de haber dado sus disposiciones el Coronel Lazcano, enviando extraordinarios que comunicaran la noticia á las poblaciones del Cantón de Cosamaloápam, y al Comandante Zamudio,

Jefe de la Sección de operaciones, y despachando correos en todas direcciones para poner sobre las armas las fuerzas disponibles, y poniendo en vigor en toda la jurisdicción de su mando la ley "Llave," que imponía la pena de muerte, irremisiblemente ejecutada, á los ladrones y abigeos sorprendidos *in fraganti* delito, sin más diligencia que la identificación de la persona.

* * *

Un hecho vino á poner de manifiesto la bondad de esta ley terrible, pero benefactora para garantizar á la sociedad contra los ladrones, y el espíritu de que estaban poseídos los defensores del territorio nacional.

Existía en Tlacotalpam un individuo conocido con el nombre de "Guatemala," sin que, al menos nosotros, supiéramos si éste era un apodo, ó realmente su apellido. Como quiera que sea, el tal Guatemala era de esas gentes que desde la primera vez que se las ve, son antipáticas, y con las cuales, sin desearles un mal, desearíamos tener un motivo cualquiera para sentarles la mano, duro y firme. Pendenciero, tracalón, jactancioso, de torcida mirada y aire de matón, se vivía en la más completa vagancia, *cobrando el barato* á los pusilánimes, ó haciendo fechorías con los de su propia calaña: más de una vez también se le sospechó é inculpó como cómplice, si no de autor, de actor en raterías y abigeatos acaecidos en las haciendas y rancherías inmediatas.

Inútil es decir que este mal sujeto no pertenecía á la Guardia Nacional que, aunque en cortó número, siguió al Comandante Enríquez al pequeño campamento de "los Amates," establecido por este Jefe entre "San Jerónimo" y Tlacotalpam, y más inútil tratar de disuadir á quien se haya figurado que, abandonada la población á manos de bandoleros como los que formaban la caballería del "Suizo," él no encontraría ancho campo á sus raterías, para vivir de una manera tranquila y desahogada.

Dos días después de la ocupación de Tlacotalpam, hallábase conversando bajo un frondoso amate el Comandante Enríquez y el Capitán X..... que acababa de llegar de Cosamaloápam con órdenes é instrucciones del Coronel en Jefe: allí, guarecidos de la llovizna, porque el mal tiempo continuaba aún, hablaban amigablemente de los acontecimientos del día, cuando se presentó el Teniente D. José Lití conduciendo al famoso Guatemala, aprehendido por las avanzadas que se extendían hasta las orillas del "Río Chiquito," en los momentos que traspasaba la línea enemiga, conteniendo en dos *tenates cuartilleros* el fruto de sus rapiñas; con la circunstancia que, al ser interrogado por sus aprehensores, no sólo no negó su crimen, sino que hizo alarde de él, refiriendo detalladamente la manera cómo había llevado á cabo los robos.

El Comandante Enríquez lo interrogó á su vez, y nuevamente, con el mayor desenfado y la mayor desvergüenza del mundo, detalló el hecho, nombrando las tiendas abandonadas cuyos techos había roto para introducirse en el interior y perpetrar el robo. La indignación de cuantos lo escuchaban fué grande, no sólo por el hecho y el cinismo de aquel asqueroso ladrón, sino porque precisamente los establecimientos de abarrotes que señaló estaban situados dentro del perímetro que ocupaba la infantería de marina, compuesta de martinicos, esto es, de lo más malo é inútil que, como soldados, importó á México en sus filas el ejército francés; y este robo, tan audazmente cometido, allí en las narices *de los que venían á regenerar el pueblo mexicano*, era una prueba indiscutible del desprecio con que veían todo cuanto se relacionaba con nosotros en este sentido, para poder asegurar, como lo decían, que el pueblo de México era en su mayor parte *ladrón*. No comprendían que esos hechos disimulados de tal manera deshonoraban el uniforme que, bien ó mal, portaban.

Pero esta indignación creció de punto, cuando al terminar su relato dijo, alzando la voz y volcando en tierra el contenido de los *tenates*:

—Y si no quieren creer que lo he hecho *á lo hombre*, véanlo.

Un grito de furor se escapó del pecho de algunos guardias nacionales de los que habían hecho círculo alrededor de Guatemala, al reconocer entre los objetos robados algunos que eran de su propiedad, y que efectivamente tenían empeñados en los establecimientos que aquel bribón había señalado.

—Que se lo lleven,—dijo tranquilamente Enríquez—y que lo guarden con centinela de vista.

Aquella tranquilidad debió de ser de mal agüero para el infame, porque empalideció horriblemente al escuchar la orden dada, y sin decir una palabra y todo trémulo, se dejó conducir por los soldados que le servían de escolta.

Luego que hubo marchado, el Comandante hizo que se tocara "orden extraordinaria," nombró el jurado militar que debía juzgar á aquel hombre con arreglo á la ley "Llave," y esperó el resultado de esas disposiciones. Sólo permanecieron bajo el frondoso amate, él y el Secretario de campaña del Coronel Lazcano.

—Es hombre muerto,—dijo este último, después de más de cinco minutos de silencio que ambos habían guardado.

—Poco se pierde:—contestó el primero.—La ley es clara y terminante: además, hombres como ese son una plaga.

Nuevo silencio por parte de ambos amigos: silencio que fué interrumpido cuando cada uno estaba entregado á sus propias reflexiones, por la llegada de un nuevo personaje. Era éste un hombre del pueblo que venía de Tlacotalpam con avisos secretos—decía—para el Coronel Lazcano, y que solicitaba permiso para pasar á Cosamaloápam á fin de cumplir su encargo.

—Me manda Crespo,—agregó luego que hubo dado algunas noticias relativas al enemigo—y me encargó que sin demora entregara al señor Coronel esta carta.¹

¹ D. Ignacio Crespo, comerciante de Tlacotalpam, fué siempre un decidido patriota que prestó buenos servicios á la causa de la República, ya enviando oportunas noticias del enemigo, ya contribuyendo con su dinero para compra

En efecto, mostró una carta cerrada, no con la dirección del coronel, sino con otra supuesta.

—En ese caso, espera un poco y nos iremos juntos.

—No puedo demorar, Capitán: Crespo me dijo que interesaba que la recibiera temprano; y ya ve vd., son las dos de la tarde y apenas me queda tiempo para llegar á buena hora.

—Entonces, te dejo;—dijo el Capitán volviéndose á su camarada—sospecho que el amigo *Nacho* da alguna noticia de interés, y quizás le hago falta al Coronel. Además,—prosiguió después de un corto silencio—esa requisición de caballos, este nuevo robo de esos bandidos, me hace suponer que, ó se marchan para Alvarado, ó tratan de *emprenderla* por este rumbo.

Ambos se dieron un apretón de manos, y el Capitán, con su inseparable asistente y el enviado de Tlacotalpam, se marchó en dirección á Amatlán. Allí, en la casa del Comandante militar D. Romualdo Rodríguez, vilmente asesinado por un malhechor de nota, dos años después, había dado cita el Coronel á su Secretario, á quien había recomendado que visitara la ribera opuesta del río, para tener conocimiento del estado que guardaban los infelices que en ella se habían refugiado.

Como era de esperarse, el jurado que juzgó á Guatemala lo condenó á muerte, ejecutándose la sentencia á la puesta del sol.

* * *

Las ocho de la noche serían cuando un pequeño grupo de ginetes, en el más profundo silencio, y cuidando de que sus cabalgaduras hicieran el menos ruido posible, atravesaba el brazo de río que marca el límite de Tlacotalpam por esta par-

de parque, municiones, etc. Fué leal y buen amigo de los Sres. Coroneles D. Mariano Lazcano y D. Luis P. Figueroa, y del Sr. General D. Alejandro García, de quien fué agente durante toda la campaña.

te de la población, dirigiéndose al interior de ésta por la calle de la Candelaria. El Comandante Enríquez marchaba á la cabeza, acompañado del Teniente Lili: tras ellos dos dragones conducían del cabestro otro caballo, en el cual iba atravesado el cadáver, ya rígido, de Guatemala, sobre cuyo pecho se veía un cartelón de papel blanco, y en cuyo cuello se enrollaba una fuerte cuerda: otros dos dragones cerraban el lúgubre cortejo. Si se hubiera tenido á la mano una luz cualquiera, se habría podido leer, escrita con gruesos y negros caracteres, esta significativa y severa frase: "fusilado por ladrón."

Favorecía la marcha de estos audaces republicanos que se introducían á un lugar ocupado por el enemigo, lo densamente obscuro de la noche, la fina y espesa lluvia que caía, la absoluta falta de alumbrado, y sobre todo, el abandono más completo de aquella retirada parte de la población.

Así llegaron á tres cuadras de distancia de la plaza, hicieron alto frente á una casa que también estaba cerrada, pero que á través de las hendeduras dejaba escapar débiles rayos de una luz opaca, y echando pie á tierra el Comandante Enríquez llamó suavemente á la puerta.

—¿Quién?—interrogó una voz varonil.

—Yo, Juan;—contestó el interpelado, bajando la voz y poniéndose á la altura del ojo de la cerradura—abre pronto.

La puerta se abrió dejando ver á un hombre en cuyo rostro se retrataban la sorpresa y el temor.

—Silencio:—agregó el Comandante, sin dar tiempo á su hermano, porque era su hermano quien allí habitaba,—silencio, José: vengo un solo momento para llevar á cabo un proyecto. He fusilado hoy á Guatemala, por ladrón, y lo traigo aquí para colgarlo en la esquina de la plaza, en la casa de Wolter, á fin de que los franceses vean lo que hacemos nosotros con los malhechores.

José no respondió, pero se quedó mirando á su hermano con admiración.